

CARRERA LETRAS
CÁTEDRA GRAMÁTICA I

CÓDIGO LE 02-34

DESCRIPCIÓN

AUTOR HOCKETT, CHARLES

1º SEMESTRE CURSO DE LINGÜÍSTICA

CAPÍTULOS 14 - EL MORFEMA

COPIAS: 7 MONTO \$

Curso de lingüística moderna

CHARLES F. HOCKETT

Original revisado y aprobado por el docente.....
Cargo Quien firma en conformidad con el estado del
original.
.....

CAPÍTULO XIV

EL MORFEMA

X
14.1. Definición Si las emisiones de una lengua consistieran simplemente en ordenamientos de fonemas, ni hablar ni escuchar tendrían objeto. De hecho, sin embargo, la gente habla y escucha, y esa comunicación oral transmite información, ofrece directivas y sirve para coordinar la actividad. Si las emisiones pueden prestar este servicio es porque poseen otra clase de estructura además de la fonológica: una estructura hecha de morfemas.
Los morfemas son los elementos mínimos con significado individual de las emisiones de una lengua.

Para ilustrar lo dicho, examinemos la siguiente oración española:

²pé-dro-fa-bri-ka-kon-dó-sa-² mí-gos² |
²ú-naes-ka-lé-ra-de-sé-dro-ko-lo-¹rá-do¹ ↓ /

(Pedro fabrica con dos amigos una escalera de ceceo colorado)

Con el fin de determinar cuáles son los morfemas que componen esta oración, extraemos de ella cualquier trozo y sobre él formulamos las siguientes preguntas:

1) ¿Aparece este mismo trozo en otras emisiones distintas, aproximadamente con el mismo significado? Si la respuesta es negativa, el trozo elegido para examinar no nos sirve y probamos con otro. Si la respuesta es afirmativa, se trata provisoriamente de una *forma gramatical* (para abreviar, simplemente una *forma*), pero no necesariamente de un solo morfema. (Es lástima que debamos incluir la palabra "provisoriamente" en la formulación que antecede, ya que las razones de esta salvedad no se podrán explicar hasta el capítulo XIX. En el ínterin seguiremos adelante como si no hubiéramos hecho ninguna salvedad.)

II) ¿Puede descomponerse esta forma en trozos más pequeños que aparecen por separado en otras emisiones con el mismo significado aproximadamente, de modo tal que el significado de toda la forma tenga alguna relación con el de los trozos más pequeños? Si la respuesta es afirmativa, la forma consta de más de un morfema (es una *forma compuesta*) y debe repetirse con cada una de sus partes la misma operación. Pero si la respuesta es negativa, la forma es un solo morfema.

Según la prueba I, cualquier trozo de esa emisión que se elija resultará ser, o bien una mala elección, o bien una forma gramatical; y cada una de éstas resultará ser, según la prueba II, una forma compuesta o un morfema. Repitiendo estas operaciones cuantas veces sea necesario, se llega por último a descubrir todos los morfemas de una emisión.

Apliquemos ambas pruebas a los siguientes trozos, extraídos de la oración que nos sirve de ejemplo: /pé/, /pé-dro-fa/, /fa-brí-ka/ y /es-ka-lé-ra/.

El primero, /pé/, no satisface la prueba I. Reaparece, es cierto (por ejemplo en *pesa más de lo que vale, pesca todo el día, ya no se usa el rapé*), pero en emisiones en las que no es posible descubrir ningún elemento común de significado que sea razonable asignar al trozo /pé/.

El segundo también da resultado negativo. Aparece una y otra vez en la lengua: *Pedro falleció ayer, era raro que Pedro fallase, aunque Pedro fatalmente se entere*; pero sin que se cumpla el requisito de similitud de significado.

/fa-brí-ka/, en cambio, satisface prontamente los dos requisitos de la prueba I. Su significado en la oración original es, sin duda, muy semejante al que tiene en *ya no fabrica más autos, ese aparato se fabrica en el país, es un artesano que fabrica sus propias herramientas*. Para aplicar la prueba II hay que decidir previamente cómo descomponer /fa-brí-ka/ en trozos más pequeños. Si estuviésemos trabajando con una lengua extranjera tendríamos varias opciones: por ejemplo, /f/ y /a-brí-ka/, /fa/ y /brí-ka/, etc.; pero en el análisis de la lengua materna es posible evitar tanta complicación y proceder de inmediato a efectuar el corte que presentimos habrá de dar resultados positivos: /fa-brí-k/ y /a/.¹

La primera parte reaparece, con significado muy constante, en oraciones como *yo fabrico un modelo nuevo, no es necesario que fabriques más sillas, le proponen que fabrique televisores*; y la segunda reaparece en oraciones como *Pedro estudia de noche, el niño juega en el jardín, su hermana canta muy bien*. Los datos parecen bastante claros: *fabrica* es más de un morfema. La repetición de la prueba con /fa-brí-k/ y con /a/ demuestra que cada uno

¹ Para ilustrar el proceso de comparación entre las formas citamos los trozos aislados con el mismo grado de acento y estructura silábica que presentan en la emisión completa. Ello da lugar, naturalmente, a transcripciones falsas como éstas: la configuración fonemática de ambos trozos, al extraerlos de la emisión en que se dan, no puede ser otra que /fa-brik/ y /á/.

es un solo morfema; *fabrica*, pues, consta exactamente de dos morfemas.

/es-ka-lé-ra/, por su parte, satisface también rápidamente la prueba I: *sube corriendo la escalera, no hay una sola escalera en la casa, la escalera de pino era más barata que la de cedro*. Para la segunda operación debemos decidir una vez más qué división ensayar. Probemos en primer lugar con *escal-er* y *-a*, aunque más no sea porque se asemeja tanto a la partición de *fabrica* que resultó fructífera.

Ahora bien, es indudable que la serie de fonemas /es-ka-lé-r/ aparece también en otros contextos además de aquellos en los que está seguida inmediatamente por /a/; es obvio, asimismo, que /a/ figura en contextos en los que no está precedida por /es-ka-lé-r/. Así, para /es-ka-lé-r/, tenemos *trabajan con bloques caleros, pasó varios años con los indios mescaleros*; y para /a/, además de los ejemplos dados, podemos encontrar oraciones que incluyen *madera, espada, posada, ventana, puerta*, etc.

Pero esto no basta. Se presentan complicaciones con respecto al significado, tal como ocurrió antes con /pé/ y /pé-dro-fa/. No parece haber mucha similitud de significado entre el *escal-er* de *escalera* y los otros dos /es-ka-lé-r/ ilustrados. Por otra parte, las palabras *escalera, madera, espada, posada, ventana* y *puerta* son todas nombres de objetos concretos, de existencia material, lo que equivale a decir que comparten algún rasgo de significado; sobre esta base se podría pensar en extraer el elemento *-a* como el morfema portador del significado común a todas ellas. Pero ese análisis nos deja no sólo con un /es-ka-lé-r/ que —con este significado— no parece darse en otros contextos, sino también con la serie de elementos igualmente aislados /ma-dé-r/, /es-pá-d/, /po-sá-d/, /ben-tá-n/ y /puér-t/. Parece razonable inferir, pues, que no es correcto analizar a *escalera* como una combinación de los elementos más pequeños *escal-er* y *-a*.

Pero hay otra manera de descomponer *escal-er* y *-a* en partes más pequeñas, la cual encuentra la misma justificación que el corte /fa-brí-k/ y /a/ realizado más arriba: el elemento /es-ka-l/ aparece, con significado muy similar, en *escalada, escalador, escalafón, escalamiento, escaler, escaleta, escalinata, escalón, escalonar*, en tanto que el elemento /é-ra/ aparece en *gotera, ladera, bañera*. Consideramos, pues, que *escalera* se compone de dos morfemas, *escal-* y *-era*.

Procediendo en la misma forma con todas las partes de la emisión dada, se llega por último a la siguiente lista de morfemas constitutivos:

- | | |
|----------------------------------|------------------------------|
| 1) <i>Pedro</i> /pé-dro/ | 2) <i>fabric-</i> /fa-brí-k/ |
| 3) <i>-a</i> /a/ | 4) <i>con</i> /kon/ |
| 5) <i>dos</i> /dó-s/ | 6) <i>am-</i> /a-m/ |
| 7) <i>-igo-</i> /í-go/ | 8) <i>-s</i> /s/ |
| 9) <i>un</i> /ú-n/ | 10) <i>-a</i> /a/ |
| 11) <i>escal-</i> /es-ka-l/ | 12) <i>-era</i> /é-ra/ |
| 13) <i>de</i> /de/ | 14) <i>cedro</i> /sé-dro/ |
| 15) <i>colorad-</i> /ko-lo-rá-d/ | 16) <i>-o</i> /o/ |

17) /2 2 2 1/

18) /2 1 1 1/

Nótense los siguientes hechos:

Primero: no debe pasarse por alto la entonación; la hemos considerado en este caso como dos morfemas diferentes.

Segundo: aunque 3) y 10) son idénticos, fonemáticamente, la diferencia de significado impide considerarlos el mismo morfema.

Tercero: la descomposición de *amigo* en *am-* e *-igo* puede resultar poco convincente. /a-m/ reaparece, exactamente con el mismo significado, en *amicísimo*, *amistad*, *amistoso* y con un significado muy semejante en *amable*, *amante*, *amar*, *amor*, *amoroso*, *enamorado* y otros; pero /í-go/ sólo reaparece en *testigo*.

Si los datos son suficientes para persuadirnos a descomponer *amigo*, entonces quizá querramos también descomponer *colorad-* en el elemento *color-*, que reaparece en *coloración*, *colorante*, *colorear*, *colorete*, *colorido*, *colorín*, *colorínche* (en todos ellos con significado próximo, pero de ningún modo idéntico), y un elemento *-ad(o)*, que reaparece en *gamado* (*cruz gamada*) y en alguna otra palabra.

Dudas marginales de este tipo son de esperar, no sólo en español, sino en todas las lenguas. No debemos permitir que nos inquieten demasiado. La mayor parte de las dudas sobre si se debe descomponer o no una forma encuentran solución fácil y rápida. Cuando los datos están en conflicto, no suele tener mucha importancia por qué solución nos inclinamos. Las incertidumbres no provienen de nuestros métodos de análisis sino, más bien, de la naturaleza misma del lenguaje.

14.2. Remanentes. Una vez extraídos todos los morfemas de una emisión mediante aplicaciones sucesivas de las operaciones I y II, puede ocurrir que quede algún residuo. Considérese, por ejemplo:

2son materiales 2sólidos¹ ↓

Es obvio que la última palabra de esta oración puede descomponerse en *sólido* y un morfema /s/ que significa "plural"; *sólido*, a su vez, parece claramente contener un elemento /i-do/ que reaparece en *líquido*, *rigido*, *translúcido*, *frígido*, *cálido* y otras palabras. Pero ¿qué pasa con *sol-*? En vano buscaremos *sol-* en otros contextos con algo que se aproxime al significado que tiene en *sólido*.

Es así que, adhiriéndonos estrictamente a las pruebas I y II, nos veríamos en la obligación de considerar *sólido* como un solo morfema, lo cual, evidentemente, no es deseable. En primer lugar, no cabe poner en duda la

identidad de la segunda parte de *sólido*. En segundo lugar, aunque *sol-* no figure en ningún otro contexto salvo en esta combinación, tiene claramente un significado: las materias sólidas son diferentes de las líquidas, rígidas, flácidas, translúcidas, frías, cálidas, nítidas, límpidas, etc. y, por lo tanto, el significado de *sol-* es aquello —sea lo que fuere— que diferencia los sólidos de todo otro tipo de material, cuerpo u objeto. Este significado podrá ser difícil de describir, pero es fácilmente demostrable en forma empírica.

Lo que se hace en tales circunstancias es reconocer el elemento en cuestión como un morfema de un tipo en cierto modo especial: un morfema *único*. Reconocer la existencia de tales morfemas no supone modificar la definición dada, sino que exige simplemente una leve alteración en la forma de aplicar las operaciones I y II.

Otros morfemas únicos del español son *moche*, *troche* (en *a troche* y *moche*), *barlo*, *sota* (en *barlovento* y *sotavento*), *lirond-* (en *mondo* y *lirondo*), etc. La línea de demarcación entre los morfemas únicos y los ordinarios no es de hecho tan clara como sería de esperar. Algunos morfemas que no son únicos figuran, no obstante, sólo en un número muy limitado de combinaciones; v. gr. *añico-*, que siempre está acompañado por *hacer* y el morfema de plural (*se hizo añicos*, *está hecho añicos*). Si hubiésemos de clasificar todos los morfemas de una lengua según el grado de libertad con que se combinan con otros, nos hallaríamos ante una escala virtualmente continua y los morfemas únicos serían simplemente los que están en uno de sus extremos.

14.3. La identificación de morfemas en una lengua extranjera. Los procedimientos que acabamos de exponer e ilustrar se aplican tan bien al análisis del menómíni, del birmano o del inglés como al análisis del español. Sin embargo, algunos de sus pasos requieren una atención más cuidadosa cuando se está trabajando con lenguas que no se conocen tan a fondo como la materna. Cuando se analiza el español es, por desgracia, muy fácil extraer conclusiones apresuradas; y aun cuando las conclusiones sean correctas, esa precipitación no deja ver la lógica del procedimiento.

Si se nos presenta una sola emisión de una lengua extranjera, no podremos extraer de ella la más mínima conclusión morfemática. Supóngase, a guisa de ejemplo, que nos enteramos de que en potawátomi se da la siguiente emisión:

(1) /nkəʃatəʃ/ 'soy feliz'

Si aprendemos a pronunciar esta frase nos hallaremos en condiciones de decir 'soy feliz' en potawátomi. Pero no tendremos absolutamente ningún indicio respecto de la estructura morfemática de la emisión aprendida. Toda ella puede ser un solo morfema, con un significado algo complejo; o puede ser dos o tres morfemas, a cada uno de los cuales corresponde parte del significado del total.

Para poder identificar los morfemas hace falta disponer de un par de emisiones, por lo menos, y no todo par servirá para el caso. Supóngase que añadimos lo siguiente:

(2) /kčiman/ 'tu canoa'

La situación no ha mejorado gran cosa: a primera vista, es imposible extraer una secuencia fonemática común a (1) y (2), que tampoco parecen compartir ningún rasgo de significado. Pero ahora agreguemos

(3) /kkəšatəš/ 'sos feliz'

Dado que, en parte, (1) y (3) se parecen, tanto en configuración fonemática como en significado, es posible inferir algunas conclusiones: la parte compartida /-kəšatəš/ debe significar algo así como 'ser feliz' y las no comparadas /n-/ y /k-/ deben significar, respectivamente, 'yo' y 'vos'.

Adviértase que todavía no se puede afirmar que alguna de esas tres partes sea un solo morfema. Es necesario, para ello, que no se las pueda subdividir en partes más pequeñas con significado propio. En el caso de /n-/ y /k-/ esto es poco probable, puesto que cada una es sólo un fonema; prueba externa de que carecemos en el caso de /-kəšatəš/. A esta altura, lo único que se puede afirmar con certeza es que cada una de las tres es una *forma*: que ésta sea un morfema o un grupo de morfemas es algo que necesita establecerse sobre la base de una comparación con muchas otras emisiones de la lengua.

El ejemplo que acabamos de dar pone en relieve —como no pueden hacerlo los ejemplos españoles— el hecho de que la identificación de formas (y, en último término, de morfemas) implica necesariamente la *comparación de emisiones* y no sólo el examen minucioso de una emisión aislada cualquiera. En español este proceso comparativo puede resultar tan fácil y automático que no se tenga conciencia de él.

14.4. La gramática. De lo dicho hasta ahora sobre el español (en §§ 14.1 y 14.2) se desprende claramente que los morfemas de una lengua no figuran con entera libertad en todos los ordenamientos concebibles, sino sólo en algunos de ellos.

Tomemos la breve oración española *Juan come peras*. Aparte de la entonación —que dejaremos ahora de lado—, esta oración contiene cinco morfemas: *Juan*, *com-*, *-e*, *pera* y *-s*. Ya que no se puede pronunciar dos de ellos al mismo tiempo los únicos ordenamientos físicamente posibles de los cinco morfemas son en sucesión lineal. Esto da un total de ciento veinte ordenamientos teóricamente posibles, de los cuales uno es muy usual en oraciones españolas ordinarias (*Juan come peras*); otros dos, con una cierta entonación y con mucha menor frecuencia, se dan en preguntas (*¿come peras Juan?*; *¿come Juan peras?*), y otro más es posible como afirmación o interrogación enfática (*peras come Juan*, por ejemplo en los contextos más largos *peras*

come Juan, no manzanas y ¿es cierto, peras come Juan?) Los otros ciento dieciséis no parecen darse. (*Juan, ¿comes pera?* se parece superficialmente a un reordenamiento de los cinco morfemas en cuestión, pero la /s/ de *comes* no es el mismo morfema que la /s/ de *peras*).

Examinar todos los ordenamientos posibles de esos cinco morfemas, a fin de ver cuáles tienen algún sentido y cuáles no, puede parecer tarea fútil. ¿No podría decirse, simplemente, que cualquier ordenamiento que tenga sentido es posible, en tanto que no es fácil que se den los ordenamientos que no lo tienen? La objeción a este atajo tentador es que no podemos estar seguros de cuál es causa y cuál efecto. ¿Un ordenamiento dado es posible porque tiene sentido o tiene sentido porque es posible? Además, los ordenamientos morfemáticos que son posibles —y que tienen sentido— no se corresponden necesariamente en lenguas distintas. Al aprender una lengua extranjera —aun una bastante próxima al español, como es el caso del francés, el inglés o el alemán— nos sucede más de una vez que tratamos de agrupar las palabras en ordenamientos que, a nuestro parecer, deberían tener algún sentido, pero que de hecho no usan las personas que hablan esa lengua. Los ordenamientos posibles de morfemas están sujetos a severas restricciones en todas las lenguas, pero las limitaciones de una no permiten predecir, con algún mínimo de utilidad, las que se dan en otra.

Todo lo dicho se puede resumir afirmando que cada lengua tiene su propia gramática. La gramática, o sistema gramatical de una lengua, consiste en 1) los morfemas que se usan en esa lengua y 2) los ordenamientos en que se dan esos morfemas en las emisiones, en relación unos con otros.

NOTAS

Términos técnicos nuevos: *morfema*, *forma (gramatical)*, *forma compuesta*, *morfema único*; *gramática*. Distinguimos entre los adjetivos *morfemático* y *morfológico* en forma análoga a como lo hicimos entre "fonemático" y "fonológico" (capítulo II, notas): el primero se refiere directamente a "morfema"; el segundo, a "morfología" (cf. capítulo XX).

CAPÍTULO XV

MORFEMAS Y FONEMAS

15.1. Configuraciones. En el capítulo anterior quedó implícito que un morfema no sólo tiene esencialmente el mismo significado todas las veces que aparece, sino también que siempre se presenta exactamente con la misma configuración fonemática. Todos los ejemplos dados hasta ahora se han ajustado a esta caracterización. Y, sin embargo, recuérdese que nuestra definición de morfema (§ 14.1) no incluía la segunda especificación.

Hemos encontrado varios casos de morfemas que, a pesar de ser idénticos en configuración fonemática, son distintos por tener un significado diferente. Por ejemplo, la /a/ que señala la tercera persona singular del presente en *fabrica* y la /a/ que indica género femenino en *una* son, fonológicamente, la misma cosa, pero son dos morfemas diferentes. Es fácil encontrar otros ejemplos: *hora*, *ora*; *fiel* (de la balanza) y *fiel* (a algo o alguien).

Esto nos lleva a considerar el caso inverso: morfemas con idéntico significado pero que no obstante son distintos, de acuerdo con nuestra práctica hasta ahora, porque difieren en la configuración fonemática.

En la búsqueda de estos casos probablemente se debería prestar atención en primer término a lo que comúnmente se llama *sinónimos*: palabras cuya configuración fonemática es distinta, pero cuyo significado es idéntico o muy similar; como, por ejemplo, *pueril* e *infantil*; *feliz* y *dichoso*, *hallar* y *encontrar*. Los dos del primer par, por ejemplo, son palabras de dos morfemas cada una, el segundo de los cuales, *-il*, es el mismo en ambas. Por lo tanto, podemos decir con propiedad que *puer-* e *infant-* son morfemas sinónimos. Pero, ¿hasta qué punto son sinónimos?

La única manera de averiguarlo es examinándolos en algún contexto. En particular, busquemos contextos que puedan completarse con cualquiera de los dos morfemas, de modo que las emisiones resultantes difieran una de otra sólo por el hecho de que una contiene *puer-* donde en la otra aparece *infant-*. Si podemos encontrar ese *par mínimo*, en el que los significados totales de las emisiones son diferentes, será inevitable concluir que los dos

morfemas no son, después de todo, completamente sinónimos.

Uno de esos pares es *un dibujo infantil* y *un dibujo pueril*. Al lector puede parecerle que estas emisiones difieren en el significado, o también que, virtualmente, son idénticas. Otro par puede ser *escribe cuentos infantiles* y *escribe cuentos pueriles*. Pero aquí la diferencia de significado es obvia: la primera emisión casi nunca tendrá un significado despectivo, ya que por lo general se dirá en sentido literal con referencia a un escritor que escribe para los niños; la segunda, en cambio, equivale a decir que los cuentos son tontos, intrascendentes o banales y casi nunca se dirá con referencia a una literatura destinada a la infancia. En el caso de emisiones como *puericia* e *infanta* frente a *infancia* y *puera* la situación es distinta: en tanto que las primeras dos palabras son comunes, las otras dos son imposibles.

Esta demostración, pues, sirve para comprobar que *infantil* y *pueril* —y, por lo tanto, *infant-* y *puer-* — no son enteramente sinónimos. Esto es lo que se encuentra, por lo general, en los diccionarios de sinónimos: las palabras que se clasifican como tales no suelen tener significados absolutamente idénticos, sino significados muy similares a los que distinguen sutiles matices de diferencia.

Pero considérese a continuación otro par de morfemas sinónimos: la /s/ que significa 'plural' en *perros*, *chicas*, *héroes*, *ideas*, *tribus*, *taxis* y la /es/ que significa 'plural' en *lápices*, *relojes*, *matches*, *verdades*, *capitanes*, *árboles*. También en este caso es mejor suponer, al principio, que hay alguna diferencia sutil de significado, la cual se pondrá de manifiesto si se encuentra un par mínimo apropiado. Pero en este caso la búsqueda resulta infructuosa. Trátese de reemplazar la /es/ de *lápices*, *relojes*, etc. por /s/. Sobre el papel se obtendrán los siguientes resultados:

/lá-piss/, /rē-lóxs/, /máčs/, /ber-dáds/, /ka-pi-táns/, /ár-bols/

Las dos últimas palabras no son palabras españolas, aun cuando sean pronunciables en español (el grupo /ns/ se da, por ejemplo, en *instar*, *Franz*, y el grupo /ls/ en *bols*, *solsticio*) como "palabras sin sentido". Las cuatro primeras no son ni siquiera pronunciables en español, porque terminan con los grupos consonánticos /ss/, /xs/, /čs/ y /ds/, que son extraños a los hábitos fonológicos de la lengua (cf. § 10.2). Vale decir que las notaciones fonológicas son, en estos cuatro casos, una impostura: las formas que en apariencia representan no existen ni pueden existir.

Intentemos ahora la sustitución inversa, usando /es/ en lugar de /s/ en *perros*, *chicas*, etc.:

/pē-roes/, /či-kaes/, /é-ro-ees/, /i-dé-aes/, /tri-bues/, /ták-sies/

La tercera de estas formas es como las cuatro primeras del otro grupo, vale decir, impronunciable; las demás no contradicen los hábitos fonológicos del español, pero no son tampoco palabras españolas porque no tienen signi-

ficado alguno.

Se puede ensayar esta misma sustitución, en uno y otro sentido, en todos los contextos apropiados, pero los resultados serán siempre los mismos. Este hecho se puede resumir diciendo que /s/ 'plural' y /es/ 'plural' *no contrastan*.

La sinonimia de /s/ y /es/ es, pues, muy distinta de la de *infant-* y *puer-*. Su significado puede no ser exactamente el mismo, pero como para saber cuál es la diferencia necesitamos la ayuda de un contraste mínimo y éste no existe, cualquier diferencia de significado permanece inhallable.

O bien, para decirlo desde el punto de vista del hablante: la diferencia entre *infant-* y *puer-* permite al hablante una opción. En la mayoría de los contextos en que es dable emplear uno de estos morfemas, el hablante es libre de escoger el otro en cambio. Aunque en algunos contextos la diferencia real de significado pueda ser leve o aún inexistente, no por ello deja de haber opción. No la hay, en cambio, entre /s/ y /es/ 'plural': aquí el hablante *encuentra hecha* la elección, no *la hace*. Si termina de emitir un morfema que acaba, por ejemplo, con /x/ y luego opta por añadir un morfema que significa 'plural', éste debe necesariamente ser /es/. Y, por otra parte, si termina de emitir un morfema que acaba, por ejemplo, con /o/, si luego opta por agregar uno que significa 'plural', éste debe ser forzosamente /s/.

En todos los casos como éste, en los que el hablante no puede elegir entre morfemas sinónimos, sino que encuentra la elección ya hecha, preferiríamos describir la situación en otros términos. En lugar de decir que /s/ 'plural' y /es/ 'plural' son dos morfemas distintos, diremos que /s/ y /es/ son dos configuraciones diferentes de un mismo morfema.

La distinción entre /s/ y /es/ sigue siendo, por supuesto, fonológicamente relevante. Lo que hacemos ahora es eliminar esta diferencia, únicamente con el significado específico de 'plural', de la pauta gramatical. La ventaja de dar este paso consiste en que, al describir la gramática, no necesitaremos en adelante ocuparnos de diferencias que no representen opciones permitidas al hablante.

15.2. Ejemplos. He aquí otro ejemplo de un morfema representado ora por una configuración fonemática, ora por otra. Las dos emisiones siguientes se componen de los mismos morfemas en distinto ordenamiento:

${}^2va\ a\ venir\ a\ {}^2hora^1\ \downarrow$

${}^1a\ {}^2hora\ va\ a\ ve^2nir^1\ \downarrow$

El morfema entonacional es el mismo en ambas emisiones, no obstante presentar en la segunda un tono más que en la primera: la presencia en aquella de una sílaba átona inicial es un factor mecánico que explica la representación del morfema con /1 2 2 1↓/ en lugar de /2 2 1↓/. Lo que

el hablante elige en este caso es el morfema entonacional y el orden en que emitirá los restantes morfemas; una vez que ha optado, el sistema decide por él si la configuración fonemática será /2 2 1↓/ ó /1 2 2 1↓/.

Este nuevo enfoque facilita el análisis de la palabra *escalera* (de la oración que sirvió originariamente de ejemplo, en § 14.1). Vimos que la terminación /é-ra/ de *escalera* podía identificarse con la terminación /é-ra/ de *gotera*, *ladera*, *bañera*. Pero si hacemos esta identificación y extraemos /é-ra/ de *escalera*, debemos ocuparnos del fragmento que nos queda, *escal-*. La palabra *escalador*, por ejemplo, contiene un elemento *escal-* que puede considerarse como el mismo morfema; luego, /a-dór/ de *escalador* es otro morfema, el cual reaparece, por ejemplo, en *comprador*, *hablador*. Pero ¿qué pasa con la palabra *escala*, que tiene un parentesco tan obvio tanto con *escalera* como con *escalador*? Se puede descomponer *escala* /es-ká-la/ en /es-ka-l/, /a/ y /' /, pero este paso nos dejaría con un /a/ del que ya vimos que es difícil dar cuenta y con un /' / en la misma situación. Es más, no parece haber ninguna razón para descomponer *escala* en dos o más morfemas. Mejor sería que pudiéramos decir que *escala* es un solo morfema, el mismo que aparece también —pero con la configuración fonemática /es-ka-l/ en lugar de /es-ká-la/— en las palabras *escalera*, *escalador* y las demás que vimos. Dado que la configuración /es-ká-la/ nunca se da antes del morfema /é-ra/ ni antes de /a-dór/, en tanto que la configuración /es-ka-l/ sólo se da ante /é-ra/, /a-dór/ y demás terminaciones que vimos, nada nos impide aceptar, en este nuevo enfoque, la interpretación que proponemos.

Consideremos, por último, tres morfemas tentativamente distintos: /i-tú-t/ de *laxitud*, *plenitud*, *rectitud*, /ú-ra/ de *preciosura*, *blandura*, *hermosura* y /é-sa/ de *grandeza*, *belleza*, *firmeza*. *Laxo*, *precioso*, *grande*, etc. son todas cualidades de cosas o personas; *laxitud*, *preciosura*, *grandeza*, etc. son todos nombres abstractos de esas cualidades (= 'la cualidad de ser *laxo*', etc.) Además, habitualmente no hay opción entre las tres terminaciones: después de *laxo*, por ejemplo, se puede usar *-itud*, pero no *-ura* ni *-eza*.

Aun cuando una larga búsqueda podría no revelar pares mínimos que probasen que los tres morfemas son distintos, tales pares existen y demuestran que es importante ser cautos en las identificaciones morfemáticas. *Alteza*, *altura* y *altitud* contrastan marcadamente en significado: *altitud* y *altura* son nombres de cualidades físicas que se aplican a clases diferentes de objetos (se habla de la *altitud* de un punto geográfico con relación al nivel del mar, pero no de la *altitud* de una persona o un edificio, sino de su *altura*), mientras que *alteza*, por su parte, nunca se refiere a la cualidad de *alto* en sentido físico, sino social o moral. Asimismo, es cosa muy distinta hablar de la *riqueza* de una mujer y decir que es una *ricura*. Debemos reconocer, por consiguiente, que *-itud*, *-eza* y *-ura* son morfemas distintos.

15.3. La morfofonemática. Las consideraciones que anteceden no exigen de nosotros que modifiquemos la definición de morfema dada en § 14.1, pero sí requieren un examen más cuidadoso de la relación entre morfemas y

fonemas, entre gramática y fonología. Si en español /s/ 'plural' y /es/ 'plural' no son dos morfemas diferentes, sino sólo dos representaciones distintas de un morfema, ¿qué es entonces el morfema mismo? ¿Y cuál es la relación que hay entre un morfema y su configuración o configuraciones fonemáticas?

La respuesta a la primera pregunta es en parte análoga a la respuesta a la pregunta "qué es un fonema". Se recordará (§ 2.5) que un fonema no se define como un sonido lingüístico o alófono, sino como toda una gama de sonidos lingüísticos que funciona como uno de los puntos contrastivos en una red de contrastes fónicos entrelazados. Vale decir, que se define al fonema no tanto en términos de lo que "es" o de "cómo suena" como en términos de lo que no es y de aquello de lo que difiere dentro de una misma lengua. De modo semejante, se define al morfema, en una lengua dada, sólo con relación al repertorio total de los morfemas de esa lengua: un morfema es algo diferente de todos los otros morfemas de la lengua. En ninguno de los dos casos se da la respuesta en términos de sustancia. No se puede señalar y decir "allí hay un fonema" o "allá va un morfema"; cada tipo de unidad —y cada fonema o morfema determinado de una lengua determinada— sólo se puede definir en términos de las operaciones y criterios que se emplearon en su descubrimiento. Esas operaciones y criterios no son los mismos, naturalmente, para fonemas y morfemas. Para los primeros, el criterio es la identidad o diferencia fónica de emisiones enteras (según el hablante nativo), con prescindencia del significado, mientras que para los morfemas los criterios son tanto el significado como la configuración fonemática (determinada previamente).

La respuesta a la segunda pregunta no surge del estudio empírico, sino que se da por definición. La relación entre un morfema y cualquiera de sus configuraciones fonemáticas se expresa por medio de la frase *está representado por*: en español, el morfema de plural de los sustantivos *está representado por* la configuración fonemática /es/ después de una forma que termina con /x/ y *está representado por* /s/ después de una forma que termina con /o/; en español, el morfema *hasta* está representado por la configuración fonemática /ás-ta/ en todos los contextos. Ésta es la misma frase que se emplea para expresar la relación entre un fonema y cualquiera de sus alófonos: el fonema español /b/ está representado por una oclusiva sonora bilabial después de /m/ y después de pausa absoluta, pero está representado por una espirante sonora bilabial en toda otra posición.

La forma en que configuraciones fonemáticas diversas representan los morfemas de una lengua puede considerarse como una especie de código. Este código es el *sistema morfofonemático* de esa lengua. Cuando se inventan conscientemente códigos y claves, los sistemas así elaborados son por lo general —a menos que tengan por objeto ocultar los mensajes a todos los que no sean los destinatarios— sistemas del tipo que se llama de sustitución simple. Esto significa que cada elemento del mensaje se reemplaza, al cifrarlo, por un elemento fijo y que éste representa siempre uno y el mismo elemento del original. El código Morse que se usa en telegrafía es de este

tipo: dos puntos representan siempre y únicamente la letra "I" y así sucesivamente. La morfofonemática de una lengua nunca es tan simple. Siempre son muchos los casos de dos o más morfemas representados por la misma configuración fonemática (*hasta* y *asta*) y siempre hay morfemas que están representados ora por una configuración fonemática, ora por otra distinta (/s/ y /es/ 'plural'). La morfofonemática de una lengua, por ende, siempre es importante y deberá incluirse en cualquier descripción sistemática de esa lengua.

NOTAS

Términos nuevos: *configuración (fonemática)*, *morfofonemática* (o *morfofonología*), *par mínimo*.

Problema. El morfema español "plural de sustantivos" aparece con dos configuraciones fonemáticas diferentes: /es/ en *amores* y /s/ en *perros*. La opción entre esas dos configuraciones depende —salvo pocas excepciones— de la configuración fonemática de la forma singular del sustantivo precedente. Sobre la base de la lista siguiente de sustantivos plurales españoles, describir las condiciones que determinan que se dé una u otra de las dos configuraciones:

ideas, niños, ajíes, viruides, temas, gatos, perales, jardines, raíces, no-lainas, zapatos, borceguíes, botes, tés, relojes, meses, días, cebúes, botines, mujeres, hombres, pies, pagarés, tribus, taxis.

Una vez formuladas las condiciones, buscar diez sustantivos en los cuales la configuración del morfema de plural represente una excepción; es decir, no es la que se esperaría dadas las condiciones formuladas.